ENOL

Mis padres fallecieron en un accidente de coche cuando yo era pequeña, por lo que conservo pocos recuerdos de ellos salvo algunas fotografías. Vivo con mi abuela de 78 años y la casa se hace muy grande para nosotras dos solas, ya que la compró cuando todavía estaba mi abuelo.

Ella quería ir a una residencia pero yo sé que allí no la tratarían como Luisa Aguilar, sino como una “anciana” más. Son sitios muy fríos y necesita a su familia. Además, si ella se fuera, yo tendría que ir con mis tíos y sería una carga para ellos, junto con mis primos.

Desde la muerte de mis padres, mis tíos vienen muy a menudo. Hoy estaban muy emocionados. Yo no conocía los motivos, pues le querían dar una sorpresa a la abuela, aunque también lo era para mí. Mi abuela preparó una de sus mejores recetas, arroz a la zamorana. Nos juntamos mi tío Juan y su mujer Aroa, los gemelos Arturo y Teo, la pequeña Rosa, la abuela y yo. Hoy venían con alguien más, Enol, él era la “sorpresa”. Era un cachorro de Yorkshire-terrier. ¿Qué íbamos a hacer ahora con un perro? “Yo esto no sé cuidarlo, ¿por qué lo habéis traído sabiendo el trabajo que dan?, dijo mi abuela. Contestaron con una simple sonrisa y no se volvió a hablar más del tema. Cuando ya estaban saliendo, repitió la pregunta y finalmente, contestaron que lo necesitaríamos porque era especial y se despidieron.

Al día siguiente, fuimos a comprar todo lo necesario para el cuidado de Enol. No sé cómo nos las apañáramos. Al acabar, fuimos al médico a la revisión de mi abuela. Esta vez, las pruebas que le hizo fueron de comprensión y memoria. Cuando terminó, esperamos en la salita. Pasados cuarenta y cinco minutos, el doctor me llamó únicamente a mí y pasé a la consulta.

“Luisa tiene alzhéimer, no es de las peores enfermedades que hay pero no tiene tratamiento y es terminal. Se lo digo a usted porque los pacientes tienden a empeorar por el hecho de saberlo. Intente que su abuela recuerde y le cuente historias. Eso ayudará a su memoria y si se pone agresiva o su comportamiento está fuera de lo normal, sea comprensiva y no discuta.”

Llegando a casa, mi abuela no paraba de preguntarme qué dijo el doctor que ella no pudiese saber. Solo pude mentirle y decirle que estaba mejor que nunca, aunque no llegó a creermelo del todo. Cuando abrí la puerta, Enol se encontraba a un metro de ella, donde lo dejamos y en la misma postura que al irnos, pero esta vez, a diferencia de cuando salimos, su expresión en la carita cambió. Ahora parecía feliz. Debí pensar que traíamos comida. Fui a la cocina a dejar la compra y me siguió. Cogí el bol que le compré y ahí eché su pienso de pollo. Mi abuela empezó a hacer la comida y fue corriendo a sentarse a su lado. Le hizo tropezar más de una vez. Lo echaba de allí pero siempre volvía, acabé cerrando la puerta y él

nos miraba a través del cristal. Llevé los platos al comedor, nos sentamos a la mesa y él pareció encontrar su lugar en la alfombra hasta que terminamos. Recogí todo y me puse a ver la tele para quedarme dormida, entonces una lengua húmeda empezó a chuparme la mano y, más tarde, la cara. Se había subido encima de mí, le reñí y empezó a poner cara de corderito a la que no pude decir que no. Dormimos juntos toda la tarde. Agradecía el calor que me transmitía su cálido y suave pelo. Al despertarnos, empecé a buscar entre mis libros alguna actividad para mi abuela. Encontré, entre los viejos cuadernillos, algunos crucigramas, sudokus, sopas de letras... Estuvimos toda la tarde haciéndolos, veía que le costaban pero acabó terminándolos. Ya de noche, mientras ella hacía la cena, le pedí que me contara una de sus grandes historias de cuando era joven. Tenía pequeñas lagunas que, antes no tenía.

Repetíamos todos los días aquellos ejercicios, hasta que empecé el instituto. Entonces ya no tenía tiempo, pero aún así seguía pidiéndole historias. Enol se convirtió en uno más. Tanto que la abuela llegó a comentar que no se imaginaba la vida sin él.

El problema empezó cuando la enfermedad empeoró. De vez en cuando se enfadaba, no nos reconocía y nos echaba de casa. Enol la miraba con intriga y pena a la vez, ya que su propia dueña no lo reconocía y él no sabía por qué. Entonces lo sacaba a dar una vuelta para que se le pasara y volvíamos al rato. Ella me preguntaba dónde habíamos estado y por qué

llegábamos tan tarde. Comenzó olvidándose de nuestros nombres de forma pasajera y, paulatinamente, se agravó. No recordaba por qué hacía algo o donde tenía que ir. Era incapaz de resolver los ejercicios que hacía con ella y eso empeoraba su humor. Al final el silencio terminó por sustituir nuestras charlas.

Han pasado unos años tras la muerte de mi abuela. No fue culpa del alzhéimer, simplemente, la vida se lleva a las mejores personas. Desde entonces voy todos los diecinueve de mayo con Enol a hablar con ella. Ese día avisaba a Enol que iríamos a visitar a la abuela y él salía corriendo a escarbar las caléndulas del jardín. Siempre quise creer que lo hacía porque quería llevarle sus flores favoritas.

“Abuelita, tú te fuiste sin saber quiénes éramos, sin embargo, nosotros nunca te olvidaremos. No te preocupes, estamos bien. Enol mira a la puerta esperando a que vuelvas, aún no se ha hecho a la idea de que eso ya no sucederá. Te quiero.

P.D.: Te echamos de menos...”